incurrido usted en la inconveniencia de ponerse encarnado como una remolacha.

Esta vez no fué al rostro del gigante adonde se agolpó su sangre; antes bien pareció que toda ella fué á refugiarse en su corazón, porque se puso pálido como la cera.

Después de comer era la hora del paseo, y todos los asistentes á la primera mesa, por orden de parejas ó en pequeños grupos, salieron del establecimiento á respirar el aire fresco de la tarde, llevando cada uno más ó menos enredado su ánimo en el descubierto *hilo de la intriga*.

VIII

NUEVOS DATOS

A pesar de lo que hemos visto, aun había quien dudase que, en efecto, entre la desconocida y el Vecino existiera alguna misteriosa inteligencia.

No consideraban bastante fundados los indicios hasta entonces conocidos para aventurarse á tener por cosa segura la existencia real y positiva de aquella especie de drama, probablemente más imaginado que verdadero.

Por otra parte, *Madame Albert* incurría en grave imprevisión haciendo de su vida un misterio, que naturalmente había de despertar la curiosidad y atraer sobre su persona la atención de las gentes que á la sazón ocupaban el establecimiento.

Podía muy bien tener con el Vecino las más

estrechas inteligencias, sin que por eso se viera obligada á secuestrarse de aquel modo del ameno trato de la sociedad allí reunida. ¿Qué inconveniente había en ello?

Haciendo la vida comunicativa y sociable que todos hacían, ¿no le era más fácil entenderse con el Vecino, sin despertar sospechas que pudieran descubrirla?.....

Quizá al lector le parezcan estas observaciones un tanto sensatas; pero el hecho es que todos los que se creían en plena posesión del hilo de la intriga las tuvieron por inadmisibles; tanto más, cuanto que vamos á ver cómo adquirieron nuevos datos, que confirmaron la vehemencia de las sospechas adquiridas.

La viuda, sin abandonar el brazo del general, dirigió su paseo por el camino que conduce desde el establecimiento al pueblo, rumbo que siguieron la generala, el gigante Goliat y algunas otras personas, formando un grupo, no diremos precisamente encantador, pero sí animado, porque la viuda poseía el atractivo de la mordacidad, y todos sabemos cuán sabroso es el manjar de la murmuración.

Al llegar la generala se desprendió del brazo del ayudante, y con una voz bastante dulce, dada su natural aspereza, dijo:

—¡Ay, Jorge! ¿Dónde te has metido?..... Llevas toda la espalda llena de polvo.

Al mismo tiempo sacó su precioso pañuelo de batista guarnecido de encajes, y comenzó á golpear con él la espalda de su marido.

Era una muestra de afectuosa jovialidad, á la que por lo visto el general no debía estar muy acostumbrado; así es que, dulcificando también la voz, lo cual daba á su acento cierta exprexión cómica, le dijo:

—Gracias, Eulogia; eres muy amable.

La viuda bajó la cabeza para ocultar la indiscreta sonrisa que apareció en sus labios, y exclamó:

—¡Oh! la generala es siempre un modelo de amabilidad.

—Siempre no—replicó el general:—y he ahí por qué en esta ocasión es mucho más apreciable su agasajo.

Ella sacudió su pañuelo, y apoyando la mano sobre el hombro de su marido, le preguntó:

—Siempre no, ¿eh?

—En honor de la verdad—añadió el veterano—yo tampoco soy una malva; mi oficio no me permite hacerme de miel, y he tenido que ajustar mi carácter á las asperezas de la Ordenanza.

La generala dejó caer la cabeza sobre la mano que apoyaba en el hombro de su marido, y le replicó, diciendo:

—Muy bien: nadie se opone á tu severidad militar; pero, Jorge, me parece que tu mujer no es un recluta.

—¿Estorbo?—preguntó la viuda, guiñando dulcemente los ojos.

—No tal, señora; puede usted presenciar estas tiernas intimidades. No le niegue usted á mi va-

nidad de marido la satisfacción de que usted las escuche.

—¡Ay, Jorge!—exclamó la generala, exhalando un buen suspiro.—Siempre eres el mismo.

—No, hija mía—dijo el general.—He cambiado tanto, que apenas me reconozco. Los años han apaciguado mucho los ímpetus de mi juventud. Ya soy perro viejo. Si tuviera veinticinco años tomaría tus halagos de esta tarde al pie de la letra; pero ¡qué quieres! he cumplido ya sesenta, y no he de dejarme engañar como un cadete.

—¡Qué dices, Jorge!—exclamó ella entre risueña y enfadada.

—Digo, Eulogia, que te entiendo.

—Eso es bien fácil—añadió Eulogia con aire indiferente;—porque al fin yo no soy ningún misterio.

—Sin embargo—replicó el general:—parece cosa convenida que los maridos hemos de tener siempre una venda en los ojos; pero no te fies, porque conozco la estrategia de las emboscadas.

Eulogia miró de reojo á su marido, repitiendo:

—¡Emboscadas!..... ¡Qué quiere decir emboscadas!.....

—Tu admiración—siguió diciendo el general—me prueba que dudas de mi perspicacia..... Vamos á ver: ¿á que te adivino el pensamiento?

Al hacer esta pregunta, se detuvo, y la viuda y la generala también se detuvieron.

—Mírame—continuó—cara á cara. ¡Hola! Parece que te conmueves: cualquiera diría que temes ver descubierto tu secreto..... ¡Diablo!..... No sabes fingir.....: te has puesto pálida.

—¡Pálida!—repitió ella:—es posible..... Me tiene sorprendida tu jovialidad.

Diciendo esto, quiso sonreirse, y frunció el entrecejo, diciendo:

—Vamos: descubre mi secreto.

—Conste—dijo el general—que tú lo exiges.

—Sí—insistió ella con cierta arrogancia:—lo exijo.

—Yo—advirtió el general—me lavo las manos.

Hubo un momento de espectación. La Generala esperaba las palabras de su marido con marcial continente, y en los ojos de la viuda se advertía la expresión atenta del espectador que sigue con maliciosa curiosidad el curso de una escena interesante.

Al fin el General dijo:

—Querida mía: tú has querido practicar un reconocimiento; es decir, que deseas conocer la situación del enemigo, y me has echado encima las guerrillas de tus halagos, sacudiéndome el polvo por la espalda.

La viuda se mordió los labios para contener la risa, y él siguió diciendo:

—Ahora bien: si yo me dejara arrollar, tu victoria me costaría algo cara. No me la harías pagar menos que con el tren de lujo que deseas estrenar este invierno en Madrid. ¡Friolera!..... Un landó de primer orden y un par de caballos de primera fuerza. ¿No es esto?

Las dos señoras bajaron la cabeza, y el general soltó una ruidosa carcajada, mientras que Eulogia, encogiéndose de hombros, exclamó:

—¡Ah, Jorge! ¡eres invencible! Pero, mira; me presentas la batalla, y la acepto. ¡Qué quieres! No renuncio al tren.

—¿Qué tal?—preguntó el veterano dirigiéndose á la viuda.

—Muy bien—contestó ésta.—Es usted un marido verdaderamente temible.

Desde este momento la conversación empezó á decaer, y poco después seguían su paseo silenciosos.

De repente la viuda levantó el brazo izquierdo, señalando hacia la falda de la montaña.

El grupo se detuvo, y todos dirigieron la vista al punto que indicaba la preciosa mano de la viuda.

—¿Qué es ello?—preguntaron algunos.

—¡Ah, sí!—dijeron otros.

La generala añadió:

—Es el Vecino.

—El mismo—dijo la viuda:—véanlo ustedes representando una escena de Pablo y Virginia.

—Es verdad; no está solo.

El que conocemos como agregado á nuestra embajada en Londres sacó unos gemelos de teatro, y miró con ellos lo que pasaba en la falda de la montaña.

—¡Oh!—exclamó:—ciertamente no está solo; lo acompaña una mujer joven, y que desde aquí parece bastante aceptable.

—Ella.....; sin duda es ella—dijeron á una voz todos los que estaban en el secreto de *Madame Albert.*

—¡Ella!—casi gritó el gigante Goliat, haciendo un movimiento, como si quisiera lanzarse á la falda de la montaña; pero se contuvo, porque sintió sobre su cabeza la mirada de la generala, que centelleaba como un rayo.

—Paz, señores—dijo la viuda:—no es ella. Están ustedes ciegos. ¿Han distinguido ustedes acaso su gracioso sombrero de viaje? ¿Dónde se ve la gasa con que siempre lleva velado el rostra?.... No, aquella mujer no es la misteriosa desconocida.

—¿Quién puede ser?—preguntaron.

—Adivínenlo ustedes—dijo la viuda.

Todos se encogieron de hombros.

—General—añadió—estos señores no conocen la táctica de las emboscadas. Yo, sin necesidad de gemelos, veo perfectamente que aquella mujer es morena, y que, por lo tanto, tiene el cabello negro. Y vean ustedes.....: están cogiendo florecillas silvestres.....: la escena no puede ser más tierna..... ¿Todavía no caen ustedes en la cuenta?..... ¿Ni usted tampoco, generala?..... ¡Bah!..... Permítanme ustedes que me ría de tanta torpeza. Aquella debe ser, sin duda, la mujer del Vecino. Es una escena conyugal y campestre que indiscretamente hemos sorprendido.

El de los gemelos dijo entonces:

—Sí, no tiene duda. Estos gemelos alcanzan

poco, y no distingo bien lo que hablan; pero se ve que van asidos de las manos. ¡Calle!..... Ahora..... ¡Demonio!: él le ha besado la mano á ella.

—¡Oh!—exclamó uno de los espectadores.—Esto es nuevo: un marido enamorado.

—En ese caso—se apresuró á decir el ayudante—todas nuestras conjeturas caen por tierra; *Madame Albert* no tiene nada que ver con el Vecino.

—¿Por qué..... caballero?—preguntó la generala entornando los ojos.

—Porque esas ternezas—contestó—que desde aquí casualmente presenciamos, desmienten toda sospecha. Ignorábamos que el Vecino tuviera la costumbre de pasear á su mujer por la falda solitaria de la montaña.

—Quiere decir—añadió el general—que esa costumbre será nueva.

—Justo—dijo la viuda.—El Vecino querrá estrenar este invierno en Madrid un landó, y he ahí todo.

Esta salida fué celebrada por una risa unánime, sobre la que tronaba la carcajada del general, más estrepitosa que nunca.

El que había sorprendido en su conversación con el Vecino lo que hemos llamado *el hilo de la intriga*, alzó la voz, exclamando:

—¡Señores! Mundo, mundo..... El Vecino sabe muy bien dónde le aprieta el zapato. No se engaña á una mujer fácilmente sin tenerla contenta. Ella es celosa y arisca. Pues bien: él se hace sumiso,

complaciente, enamorado, y le pone la venda en los ojos. Dirán ustedes que este es el sistema de las mujeres; y ¿por qué, pregunto yo, no ha de ser también de los hombres? Bueno que engañe á su mujer; pero á nosotros..... Lo que están ustedes viendo es un nuevo dato.

Nada hubo que replicar á esa observación hecha por un hombre de mundo.

El de los gemelos dejó de mirar, diciendo:

—Se acabó el espectáculo: Pablo y Virginia han desaparecido bajo la sombra de los árboles..... Ya no se ve nada; podemos continuar nuestro paseo.

En efecto: el grupo se puso de nuevo en movimiento, comentando la escena que acababan de sorprender.

Marchaba despacio, con esa lentitud que imprimen á los pasos las conversaciones animadas.

No habían andado mucho, cuando la viuda, que iba delante, se volvió, y les impuso silencio.

En esto vieron que el Vecino, solo, venía á encontrarlos en el camino, y su presencia, no esperada tan pronto, fué acogida con una sonrisa general de benevolencia y de malicia.

Una nube de indirectas cayó sobre él; mas, por ignorancia ó por astucia, ello es que se mostró invulnerable.

Á todo esto la tarde empezaba á caer formalmente, y el vientecillo precursor del crepúsculo bajaba de las cumbres algo frío, razón por la que algunos enfermos propusieron la vuelta al establecimiento.

El grupo hizo un cambio de frente, y emprendió la retirada.

A cierta distancia vieron flotar en el aire un velo blanco, y poco después reconocieron todos á *Madame Albert.*

En efecto: era ella, que se adelantaba lentamente.

Debió distinguir el grupo que marchaba á su encuentro, y apoyada siempre en el brazo de su inseparable doncella, se detuvo como á contemplar el paisaje.

El hombre de mundo se acercó á la viuda, y le dijo al oído:

—¿Qué tal? Otro nuevo dato: ella venía y él iba: esta debe ser la hora de las citas; pero nosotros, ¡oh indiscreción humana! nos hemos interpuesto. Ahora mismo los dos nos maldicen....; pero, en fin, hemos adquirido nuevos datos.

IX

LA MIRADA

He aquí por qué—siguió diciendo el hombre de mundo—lo hemos visto hace un instante representar con su mujer una escena de Pablo y Virginia.

El general, que había oído estas palabras dichas confidencialmente á la viuda, añadió también en voz baja:

—Estamos conformes: ese es el landó, por lo visto, que quiere el Vecino estrenar en Madrid este invierno.

Y volviéndose á su mujer, le dijo:

—¿Qué te parece, Eulogia.....? ¡Es un hermoso landó!

—No tanto—replicó la generala en voz alta.—Ese velo con que siempre lleva oculto el semblante

es muy sospechoso, porque ninguna mujer verdaderamente hermosa se oculta tanto. Si es un sol, convengamos en que es un sol perpetuamente nublado.

—¡Oh!—exclamó la viuda.—La generala tiene celos.

—No tal—contestó al golpe.— Jorge tiene mejor gusto.

Al expresarse así, aumentó la majestad de su continente, hasta cierto punto varonil, irguiendo la cabeza y mirando de soslayo al ayudante.

Hasta entonces parecía que el Vecino no había reparado en la aparición de *Madame Albert*; mas no todos creían que no la hubiese visto. Y he aquí un nuevo dato: fingía no verla.

Poco á poco se iba el grupo acercando á ella, que seguía parada á la orilla del camino, como antes hemos dicho, contemplando el paisaje.

El Vecino la distinguió al fin, y al reconocerla se detuvo, frunció el entrecejo, y movió la cabeza con aire de descontento.

—¡Hola!.....—exclamó.—Allí tienen ustedes á su misteriosa compañera. Debe tener algo de ave nocturna, porque, según parece, sólo se da á luz entre las sombras. Y esta vez no dirán ustedes que huye de la sociedad. Ahí la tienen ustedes, que les ha salido al encuentro y los espera.

La señorita de la voz dulce y musical corrigió las palabras del Vecino de esta manera:

—Más bien debiera usted decir que *nos* ha salido al encuentro y *nos* espera.

—A mí no—replicó Jaime.

—¿Por qué?—le preguntaron varios á la vez.

—Porque debe saber que tenemos una cuenta pendiente, y creo que no ha de contarme en el número de sus mejores amigos.

El hombre de mundo y la viuda cambiaron un gesto de inteligencia, mientras la misma voz dulce y armoniosa decía con risueño acento:

—¡Vamos, Vecino; no sea usted tan rencoroso!

—Perdone usted, señorita; pero esa mujer debe tener un corazón perverso.

Aquí el gigante Goliat fué sin duda á tomar la defensa de la desconocida; mas se encontró con los ojos de la generala, y se contuvo.

El diplomático, que tenía ya asestados sus gemelos sobre *Madame Albert*, dijo:

—¡Un corazón perverso! ¡Oh! Es posible; mas eso no le quita nada ni á su originalidad ni á su belleza. Señores, á pesar del velo, veo la regularidad de sus facciones y la blancura de su tez, é insisto en mi primera opinión: forzosamente es inglesa. Ahora vamos á verla de cerca: fíjense ustedes bien en sus facciones.

—Inglesa ó turca—añadió el Vecino—la abandono generosamente á la curiosidad ó al interés que á ustedes inspira. Por mi parte, no quiero verla ni de cerca ni de lejos, y me retiro.

—Eso—advirtió la viuda—más que rencor, parece miedo. Y, en verdad, ahora no corremos ningún peligro, pues no hay la contingencia de que nos atropellen sus caballos y pasen por encima

de nuestros cadáveres las ruedas de su silla de posta. Además, amigo mío, lo hemos cogido á usted esta tarde, y no lo soltamos: hace algunos días que nos tiene usted en completo abandono.

Jaime quiso replicar; pero la viuda le impuso silencio, añadiendo:

—Ea, señores, el Vecino es por esta noche nuestro prisionero. Enriqueta, cójase usted á su brazo para que no se nos escape.

La señorita de la voz dulce cogió el brazo del Vecino, y se colocó en medio del grupo, que poco á poco se iba acercando á *Madame Albert.*

El gigante Goliat adelantó el paso, colocándose, como militarmente se dice, en la extrema vanguardia.

Parecía que en la empresa de reconocer á la dama misteriosa este bizarro militar quería ser el primero.

A la vez la desconocida parecía resuelta á esperar á sus enemigos, pues no abandonaba la posición en que antes la hemos visto.

El grupo avanzaba, y *Madame Albert* seguía en su puesto, siempre apoyada en el brazo de su doncella.

El velo de gasa flotaba sobre su frente como una bandera blanca.

Observando esta circunstancia, el general dijo:

—Valor, Vecino; el enemigo no es tan temible. Ya lo ve usted: pide parlamento.

En esto Goliat, que marchaba delante, contuvo el paso.

Se hallaba á corta distancia de *Madame Albert*, y con gallardía militar llevó la mano á su sombrero; mas en aquel momento la desconocida, absorta en la contemplación del paisaje, alzó la cabeza hacia la cumbre de la montaña, y el saludo del gigante se quedó sin respuesta.

Goliat rebasó la línea, y siguió su camino, mordiéndose los labios.

Detrás llegaba la escolta que custodiaba al Vecino: todas las miradas caían á un tiempo sobre *Madame Albert.*

Entonces ella, con un movimiento lleno de naturalidad y de gracia, echó á la espalda el velo que cubría su rostro, dejando ver un conjunto de facciones, en cuyas líneas andaban confundidas la pureza y la gracia.

La tez era de una blancura inimitable, que daba á la redondez de sus mejillas esa suavidad tímidamente sonrosada que admiramos en los niños de Rubens.

En aquella cabeza rubia, medio envuelta en las ondas de la gasa que la rodeaban, se advertía algo semejante á los primeros resplandores del sol al romper las nubes de la mañana.

Paseó sus ojos por el grupo que se le acercaba, permitiendo admirar el hermoso azul de sus pupilas, al mismo tiempo que su boca entreabierta sonreía con la satisfacción un tanto desdeñosa de la mujer que no se sorprende al verse admirada.

Si había comprendido la curiosidad que allí inspiraba, tal vez quería decirles:

«Ea, señores; esta soy yo..... ¿Están ustedes ya satisfechos?.....»

Quizá su sonrisa no fuera más que un saludo.

De todas maneras, los curiosos pudieron contemplarla, y, justo es decirlo, la expresión de todos los semblantes era la misma que pudiéramos sorprender en el rostro de un artista en el momento de aparecer ante sus ojos una obra maestra.

La fisonomía de *Madame Albert* cambió súbitamente de aspecto; la sonrisa se detuvo en sus labios, y sus ojos, hasta entonces indiferentes, se encendieron, ó más bien se iluminaron con una mirada atenta, fija, escudriñadora, en la que pudiera advertirse ó sospecharse cierta mezcla de complacencia y de enojo.

¿Á quién iba dirigida aquella mirada?

Todos lo vieron: al Vecino.

El Vecino mismo no pudo desconocer que su presencia en medio del grupo había causado á la desconocida una impresión inexplicable.

Cualquiera que fuese la expresión de aquella mirada; cualquiera que fuese el rencor que hacia aquella mujer sentía, debió encontrarse halagada su vanidad de hombre. Seamos indulgentes con esa flaqueza vulgar de la naturaleza humana.

El grupo pasó, y *Madame Albert*, siempre apoyada en el brazo de su doncella, hizo un gesto de duda, y volvió á echar sobre su rostro el velo del sombrero.

La viuda fué la primera que rompió el silencio, diciendo:

—Convengamos, señores, en que es hermosa.

—¡Hermosa!.....—exclamó el diplomático.—Diga usted que es inglesa, inglesa de pura raza.

—Es lo mismo—dijo el general.—La belleza y el genio no tienen patria.

El hombre de mundo se acercó á la viuda, diciéndole en voz baja:

—¿Ha reparado usted? ¡Qué mirada! ¿eh?

—Á lo menos—contestó la viuda—debe conocerle. Me pareció sorprendida al verlo.

—¡Ya lo creo! Enriqueta es una criatura encantadora, y ¡ya ve usted! va apoyada en el brazo del Vecino, y, ¡es claro! ha sentido el aguijón de los celos. Ó no sé nada de estas cosas, ó con esa mirada ha querido decirle: «¡Hola, caballero!..... ¿esas tenemos?»

Aquí la generala alzó la voz, diciendo:

—Todos murmuran, todos cuchichean, todos hablan: sólo el Vecino calla; parece que ha enmudecido.

—¡Yo!—exclamó Jaime.—No me ocurre nada; y en tal caso, ¿qué quiere usted que diga?

Á la voz áspera de la generala sucedió el acento armonioso de Enriqueta.

—Dejémosle, señora—dijo.—Va sumergido en sus meditaciones: se conoce que se ha aumentado en su corazón el odio que profesa á *Madame Albert*. Y lo que es ella, creo que participa de la misma aversión. ¡Lo ha mirado con unos ojos!..... hermosos sin duda; pero ¡Jesús, qué mirada!..... Yo creí que quería confundirlo.

—Por lo que se ve—añadió el Vecino intentando sonreirse—nos profesamos la más cordial antipatía.

—¡Oh!—exclamó enfáticamente el diplomático.—Ándese usted con cuidado, porque las inglesas son implacables en sus odios.

—Yo comprendo—advirtió la viuda—que nuestro Vecino sienta hacia *Madame Albert* una aversión profunda, porque al fin estuvo á punto de ser destrozado por los caballos y aplastado por la silla de posta; pero ella, ¿qué motivo tiene para aborrecerlo?

—¿Qué sabemos, señora?—replicó el hombre de mundo.—¿No puede existir entre ellos algún resentimiento antiguo?

—¡Antiguo!—exclamó Jaime.—Es posible; en cuyo caso se puede decir que nos aborrecemos antes de habernos visto.

—¿Es decir—insistió la viuda—que ustedes no se han conocido antes?

—Nunca—contestó el Vecino.—Hasta el pasado lance de la silla de posta ignoraba que existiese en el mundo una mujer semejante.

En esto entraron en el establecimiento, y el general, reuniendo su partida de tresillo, se dirigió al salón, donde ya tenía la mesa dispuesta.

Goliat se paseaba delante de la puerta del establecimiento con aire distraído, y, acercándosele la generala, le preguntó:

—¿Está usted satisfecho?

—¿De qué?—preguntó él á su vez.

—¡De qué! De su triunfo—dijo ella.

El gigante rechinó los dientes.

—Esa furia es ridícula—siguió ella diciendo.—Puede usted perder toda esperanza. *Madame Albert*, que no se ha cuidado de recoger su saludo, se ha dignado al fin levantar el velo para saludar al Vecino con una mirada que no deja duda. Ahora bien, caballero: ¿piensa usted seguir en sus trece? Renuncie usted generosamente á la mano de Leonor, puesto que no está escrito en ninguna parte que ha de ser usted el conquistador del género humano.

Dicho esto, lo miró de alto abajo, y le volvió la espalda.

Vióla él alejarse, y, cuando ya no podía oirle, apretó los puños y desahogó su colera, diciendo:

—Bien, señora, lo veremos.

Como de costumbre, las primeras horas de la noche se pasaron en el salón.

Cuando el Vecino fué puesto en libertad por los que lo habían hecho prisionero, eran las doce, hora en que, según el general, se rompían filas, y cada uno iba á sepultar en las dulzuras del sueño las fatigas del día.

Salió, pues, Jaime del establecimiento, y tomó el camino de su casa; pero antes se detuvo con aire distraído á contemplar la masa del edificio que se destacaba en la sombra.

Las ventanas que decoraban el lienzo del muro estaban cerradas; sólo dos se veían entreabiertas, por las que se escapaba la luz que ardía dentro.

—¡Hola!—dijo.—Estas deben ser las ventanas de *Madame Albert.* Se conoce que á esta señora le agrada el fresco de la noche.

Luego, como sorprendiéndose en esta especie de espionaje, exclamó:

—¡Oh! ¡Qué necia es la curiosidad! ¿Qué me importa á mí que á esa *Madame Albert* le guste el fresco de la noche?

Y como haciendo un esfuerzo, dió la espalda al edificio, y siguió su camino; pero, como el jugador que ha perdido su última apuesta, iba hablando solo.

—En efecto—decía:—esa mujer me ha mirado de un modo particular. ¡Demonio!..... Todavía me parece que tengo sus ojos en los míos. ¡Qué mirada!..... ¡Santo Dios, qué mirada!..... ¿Y quién es esa mujer?..... ¿Y á mí qué me importa?..... Y es hermosa..... ¡Oh, sí, diablo! ¡horriblemente hermosa!

Y como si huyera de alguna persecución invisible, apretó el paso, perdiéndose en las sombras del camino.

X

LA VISITA

En la casa del Vecino, de cuyo aspecto general hemos dado antes una ligera idea, hay un jardín, ó, mejor dicho, una pequeña huerta, que se encuentra á un lado de la casa, con la que se comunica por medio de una puerta sin madera, abierta en el muro lateral del edificio.

Dejando la alameda que conduce á la puerta principal de la casa, se ven á la derecha dos grandes perales, cubiertos á la sazón de fruto, que, uniendo entre sí sus ramas á una respetable altura, forman caprichoso arco, que sirve de entrada y viene á ser como el pórtico del jardín.

La cerca de esta huerta no es una verja de hierro simétricamente interrumpida por pilastras de piedra y sostenida por el zócalo indispensable; no es tampoco una pared humilde, lisa y llana, y ni